

niñas inocentes que llevan su nombre. Lo mismo dice la majestuosa voz de las autoridades eclesiásticas, civiles y militares que invocan, celebran y festejan á santa Filomena en sus solemnidades, y esto es lo que nos persuade ese instinto religioso que se ha apoderado de nuestras almas. ¿Hay acaso quien dude de esto, atreviéndose á repetir esas frases desacreditadas con que los impíos han tratado de ridiculizar nuestro ministerio apostólico? Pues yo confiado en el Dios que me inspira les diré que vengan hoy á este santo templo, que se humillen é implorren con rectitud de corazón la protección de santa Filomena, y que si no se sienten convertidos, nos tengan por ilusos y fanáticos, por visionarios y supersticiosos. Pero no hay que temer, porque nuestro Dios ha dicho que le pidamos para darnos, que llamemos á las puertas de su misericordia para abrírnoslas, que acudamos á él por medio de los que reinan con él en la gloria, porque es muy rico para todos los que le invocan, como dice el apóstol.

Nada mas, señores : os he expuesto los principales rasgos de la vida, pasión y muerte de santa Filomena, siempre virtuosa por haber dicho á su Dios cuando principió el uso de su razón : *Señor : tú eres mi esperanza desde mi juventud*, y por haber correspondido con su virtud á la gracia que recibió como nosotros en el bautismo. Os he demostrado que tenemos en ella á la vengadora de la impiedad, á la defensora de nuestra adorable religion, y á la protectora que nos ofrece el cielo para huir de los vicios, seguir la virtud y salvar nuestras almas, y esto basta para que mireis sobre vosotros mismos y atendais á vuestro porvenir eterno. No quiero dar ocasion á nuestros detractores para que digan que somos terroristas. Somos ministros de un Dios que nos dice, que con la paciencia se gana el reino de los cielos que á todos deseo. Amen.

SERMON

DE SAN FRANCISCO DE ASÍS. (*)

(DE SANTANDER.)

Vade, Francisce, repara domum meam quæ labitur.

Ve, Francisco, y repara mi casa que está á punto de arruinarse.

S. Buenaventura, vida de san Francisco.

Dios nuestro señor, que crió todas las cosas con un poder admirable, y que las mantiene con una providencia digna de su inmensa sabiduría, ha querido manifestar en todos los siglos que en su mano omnipotente está todo el poder sobre la tierra, que trastorna los reinos, que destruye ó afianza los imperios, y que en él vivimos, nos movemos y somos. El Señor elige unas veces para estas grandes obras instrumentos débiles, que parecen desproporcionados para el fin á que los destina, como á una Judit para degollar á Holofernes, una Débora para arrojar el ejército de Jabin, rey de los Cananeos, y una Jael para clavar contra la tierra las sienes y el poder del soberbio Sísara. Otras veces se vale su Majestad de hombres extraordinarios y admirables, á quienes reviste de valor, industria y prudencia, para que lleven á efecto sus providencias: como de un Júdas Macabeo para la defensa de su pueblo israelítico, de un Josué para espanto de Jericó, de un Gedeon para derrotar á los madianitas, y de un Sanson para ruina de los filisteos; para que todos conozcamos su poder, temamos sus juicios, adoremos sus disposiciones, obedezcamos á sus preceptos, y esperemos sus recompensas.

Á este modo, carísimos oyentes, podemos discurrir en el

(*) Predicado en el convento de capuchinos de la ciudad de Toro.

orden de la gracia. ¿Á quién no admira ver cómo confunde la idolatría y aterra á los emperadores que la sostenian con todo su poder, á los sabios que la defendian con toda su astucia y á los magistrados que trataban de mantenerla con todo el rigor é inhumanidad de los tormentos, por medio de unos hombres tan poco proporcionados, como doce pescadores, pobres, rudos, sin el estrépito de las armas, sin el lustre de la nobleza y sin el encanto y brillantez de la elocuencia? ¿Á quién no asombra el considerar cómo peleaban unos tiernos niños, unas delicadas doncellas, unos ancianos débiles contra las espadas, las ruedas, las catastas, las parrillas, planchas, hogueras, y las fieras mas bravas que les oponian los perseguidores del cristianismo, y cómo salian vencedores de estas peligrosas y terribísimas batallas con la fe de Jesucristo? ¿Á quién no hará levantar el corazón á Dios y bendecir sus misericordias, si reflexiona que el Señor, por su bondad infinita, nos hizo nacer en medio de esta santa religion revelada al mundo por Jesucristo, predicada por sus apóstoles, sostenida por los santos mártires, enseñada y practicada por tantos siglos por los Basilio, Benitos, Gerónimos, Agustinos, Domingos y otros innumerables hombres ilustres que en la ley de gracia ha visto y admirado el mundo? Adoremos, amados oyentes, los justísimos designios del Señor, que si permite herejías, cismas y otros males en la iglesia, nunca la desampara, y siempre la proporciona medios de salir triunfante de sus enemigos, para que todos veamos que ella es obra de Dios y no invencion de los hombres.

El siglo XIII, tumultuosísimo por la obstinacion de los príncipes, formidable por el orgullo de los herejes, y espantoso por la relajacion de las costumbres, es una brillante prueba de esta asombrosa verdad. Es un punto indefectible de nuestra fe que la nave de san Pedro no naufragará jamas: es un artículo invariable de nuestra religion, que las puertas del infierno no prevalecerán contra la iglesia; pero es tambien verdad indisputable que la nave puede padecer borrascas, y que la iglesia puede experimentar sus quiebras. De hecho, amados míos, el gran pontífice Inocencio III vió en un misterioso sueño, que el magnífico templo de Letran, en que está figurada toda la iglesia universal, se venia al suelo. Pero aquel Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion, que mortifica y vivifica, que humilla y ensalza á sus criaturas, le hizo ver tambien un hombre pobre-

cillo que arrimando sus hombros á la suntuosa fábrica, la sostenia para que no se arruinara. Con efecto, señores, en aquel infelicísimo siglo sacó de la nada al gran Francisco de Asís para degollar la vanidad, humillar la soberbia, desterrar el interes, convertir la disolucion en modestia, los juegos en soledad, las ciudades en desiertos y los teatros en casas de oracion. Mi seráfico padre san Francisco es destinado del cielo para transformar los publicanos en apóstoles, los inmundos en espejos de honestidad, los robadores en limosneros, los homicidas en anacoretas, los disolutos en recogidos; y en una palabra, Francisco es destinado por Dios para reparar la iglesia que estaba á punto de caerse. Lo he dicho en las palabras de mi tema con la iglesia santa en el oficio divino de este día: *Vade, Francisce, repara domum meam que labitur*. Este es el carácter con que apareció en el mundo mi gran padre san Francisco. Yo no os le debo proponer bajo de otro aspecto. Vosotros acabais de oír que Dios eligió á mi padre san Francisco para reparador de su Iglesia: á mí me pertenece haceros ver cuán dichosamente desempeñó el santo esta ardua comision; y así aprenderemos todos á cumplir las obligaciones de aquel estado en que nos colocó el Señor.

Quiera su divina Majestad que todo ceda á mayor honra y gloria suya y utilidad de vuestras almas. Así os lo suplicamos, Señor, por la intercesion de vuestra purísima Madre, á quien devotos saludamos: *Ave María*.

Quien no haya visto las ruinas de un edificio, no podrá conocer exactamente los trabajos que se han puesto en los reparos de su fábrica. Quien no vió abrasadas las puertas del templo santo de Jerusalem, arruinado su altar, destrozados los vasos sagrados que servian al sacrificio, deslucido todo su magnífico adorno y nacida la yerba en sus mismos atrios, como dice la Escritura, no podia formar una cabal idea de la grande empresa de Júdas Macabeo, que sacándole de aquella ignominia, le restituyó á su antigua gloria. Así, para que vosotros podais comprender el difícil ministerio para que elige Jesucristo á mi seráfico padre san Francisco cuando le manda reparar la iglesia, y las grandes virtudes que practicó el santo en la ejecucion de este mandamiento del Señor, tengo por indis-

pensable daros una breve idea del estado de la iglesia en el siglo XIII.

Parecia, amados míos, que en aquel siglo habia el infierno sacado fuera sus negros humos para oscurecer la iglesia, desatado sus furias para hacerla guerra, y vomitado sus monstruos para destruirla. Por todas partes la combatian, y eran sus mortales enemigos sus mismos hijos. Los waldenses tenian puesta su mira en envilecer la autoridad de la santa sede, daban por nulos los concilios mas venerables, y se burlaban de los cánones mas justos. Los fraticelos profesaban la ignorancia y la soberbia, reduciendo á un nuevo uso la detestable doctrina de los nicolaitas. Los albigenses adoctaban los errores de los maniqueos y origenistas, amasados con novedades escandalosas, con que hacian lícitas las relajaciones mas abominables. Gemia España oprimida del yugo mahometano; Francia miraba oscurecida su fe con los errores de los albigenses y almaricos: Italia se lamentaba por las horribles hostilidades que cometia en los estados del papa el emperador Oton: Inglaterra suspiraba con las violencias de su rey Juan, perseguidor sacrilego de las iglesias y obispos. Por todas partes cundia la iniquidad: todo era desórden, todo confusion, todo impiedad, y parecia haber llegado ya los últimos dias de la iglesia. La voz del Vaticano se oía con desprecio, sus decisiones eran recibidas con risa, su soberanía era blasfemada con libertad. Unos dominados de la arrogancia y otros de un celo fingido, interpretaban el Evangelio segun su antojo, y el nombre católico era un nombre reducido á la exterior apariencia para ofender al Criador sin temor del castigo. Ya no se veían en los fieles aquellos vestigios de la inocente simplicidad. La piedad y la disciplina vivian desterradas de los monasterios y desiertos, contaminada la casa de Dios con la disolucion, y en una palabra, estaba toda la iglesia á punto de arruinarse: *Vade, Francisce, repara domum meam que labitur.*

O Dios altísimo! clamaré yo ahora todo atónito. ¿Quién será, Señor, el Noé que prevenga tablas á tantos miserables naufragios? ¿Quién la paloma que anuncie serenidad en tan gran diluvio? ¿Quién el José que dará alimento á tantos hambrientos? ¿Quién el Daniel que alcanzará de Dios á tanto Nabucodónosor su antigua forma? ¿Quién el Onías que restituirá su esplendor á tan magnífico templo? ¿Quién, señores? Ya lo he

dicho, nuestro seráfico padre san Francisco tiene esta comision dada por el mismo Jesucristo: *Vade, Francisce, repara domum meam que labitur.*

Pero esperad un poco, amados míos, que aun se hace mas difícil y mas ardua esta comision con los nuevos enemigos que se le representaron á Francisco. Es un hecho constante en los autores que han escrito su vida, que apenas nació Francisco en un establo, imitando en esto, como en otras muchas particularidades de su vida, á nuestro amable Redentor, cuando el infierno temeroso de las pérdidas que ya presentia le habia de causar aquel niño, destacó mas de seis mil demonios que le hiciesen formidable guerra en todos los pasos de su vida. Vosotros sabeis muy bien que un solo diablo es enemigo temible, y que causa no pequeños embarazos á las almas que pretenden obedecer los mandamientos de Dios. ¿Qué dificultades pues no tendria que vencer nuestro seráfico padre san Francisco, teniendo que luchar contra tantos millares de demonios, determinados á perderle y arruinarle? Añadid, si os parece, que gastando Francisco en su juventud el dinero de su padre, ya en vanidades con los otros mozos, y ya en limosnas para remedio de pobres y reparo de iglesias, le encierra su padre en casa, le encarcela, le ata, y furiosamente le castiga.

Añadid que soltándole su madre, y saliendo Francisco por la calle tan descolorido y macilento por los malos tratamientos de su padre, piensa la gente que ha perdido el juicio, y le tiran piedras y lodo como á loco. Añadid que persiguiéndole todavía su padre le hace comparecer ante el obispo de Asís, y pide le reintegre los daños que ha causado á su casa, renunciando su herencia á favor de su mismo padre, lo que no solo ejecuta su hijo Francisco, sino que ademas quitándose todos los vestidos delante del obispo, se los da á su padre quedándose desnudo. Aplicad ahora, amados oyentes, toda vuestra atencion. ¿Es posible, Dios eterno, que á un jóven semejante dais el encargo de que sea el reparador de vuestra iglesia? ¿Á un jóven criado en vanidades, tenido por loco, castigado de su padre y burlado de sus parientes? ¿Á un jóven sin literatura, sin fuerzas, sin riquezas y enteramente desnudo, mandáis, Señor, arruinar las pompas del mundo, arrancar del santuario los abusos introducidos, reformar la disolucion del siglo, destruir los ritos profanos, llenar de saludable terror á los pecadores y reformar toda la uni-

versal iglesia? Sí señores: *Vade, Francisce, repara domum meam quæ labitur*. Francisco atemorizará al infierno, comunicará la luz del Evangelio al gentil, predicará al mahometano, convencerá al judío, ilustrará las tinieblas del hereje, y dirigirá santamente las costumbres de los cristianos. Á su presencia se humillarán los monarcas, vestirán su pobre hábito los mayores príncipes, entrarán los sabios en su escuela, y escucharán con agrado sus palabras todas las gentes.

¡O bendita sea la eterna sabiduría de Dios, y alaben todas las gentes y generaciones su poder infinito, porque elige la ignorancia para confundir la sabiduría, la debilidad para vencer el poder, lo contentible y despreciable para supeditar lo grande y lo magnífico, y la nada para arruinar y destruir el todo! ¡O poder grande el de una alma acompañada de la gracia del Señor! ¿Visteis ya aquel jóven desnudo, aquel hombre tenido por loco, aquel Francisco despojado de cuanto estimable posee la tierra? ¿Escuchasteis la voz de Dios que por tres veces le intimó reparar las ruinas de su iglesia? ¿Reflexionasteis sobre la impropiedad de los medios que Dios elige para tan ardua empresa? Pues mirad ahora como Francisco la ejecuta y lleva hasta la última perfeccion, á pesar de toda la contrariedad de sus parientes, de toda la rabia de los demonios, y de toda la relajacion de las costumbres del mundo.

¿Visteis alguna vez una despreciable nubecilla que apenas da otra idea de sí misma que la de un ligero vapor que sube de la tierra; pero que agitada despues de los vientos se viste de pardas sombras, oscurece todo el horizonte, y engruesando sus hálitos, ya rompe en horriblos truenos, ya hace estremecer las gentes con sus relámpagos, ya inunda toda la tierra con sus aguas? Pues á ese modo aquel pequeño Francisco que dejamos desnudo en casa del obispo, sale cubierto de un capote pobre, atada la cintura con una cuerda, y llevando una cruz en la mano, y el Evangelio en el corazon, predica como un nuevo apóstol en las plazas de Asís á aquellos mismos que habian sido sus compañeros poco ántes en las vanidades del siglo. En breves dias escuchan ya como oráculo al que ántes reputaban por necio: veneran como santo al que graduaban de loco, y le juran obediencia como á padre al que tenian por mal hijo: su voz es temida como un trueno de la indignacion divina, y no solo consigue de los pecadores la observancia de los preceptos evangé-

licos, sino que les persuade que abracen los mas sublimes consejos.

Á su imitacion renuncian las propiedades y posesiones, y viven gozosos con la pobreza voluntaria. De todas partes acuden á él los pecadores, y parten de su presencia convertidos en unos nuevos hombres. Todas las cosas van mudando de semblante. Las damas mas ricas, mas delicadas y hermosas, llenas de un saludable pavor con la vista de Francisco, abandonan las galas, dan de mano á los placeres, y muriendo enteramente al mundo para vivir en Jesucristo, siguen las instrucciones del santo, y se encierran para siempre en los monasterios. Los tratantes dejan las usuras: los artesanos evitan en sus talleres los engaños: los jueces administran justicia con equidad y desinterés: en las familias entra á reinar la piedad, en la juventud la disciplina, en el clero la modestia, y en el templo la veneracion: el que ántes no perdonaba á la sangre ajena, ahora tiene su gusto en derramar por amor de Dios la sangre propia: el que aspiraba soberbio á las dignidades, ahora las renuncia ofrecidas, y aun poseídas le sirven para humillarse; el que tenia su placer en las peligrosas licencias de los teatros, ahora le logra en el profundo silencio de las cuevas: el que miraba con horror las llagas de los pobres, ahora busca en los hospitales las mas asquerosas y corrompidas para manosearlas y curarlas. ¡Qué prodigio, señores, de la gracia del omnipotente Dios! ¿Quién no se llenará de asombro al mirar convertida la disolucion en recogimiento, las casas de juego en congregaciones de piedad, los teatros en oratorios, las conversaciones impuras en conferencias de espíritu, los conventículos de Satanás en juntas de devocion, y la disolucion de las costumbres en ejemplos heróicos de la mayor santidad?

¿Pero por qué nos hemos de asombrar de que Francisco empezase á hacer tanto á beneficio de la iglesia de Dios que padecía sus ruinas? ¿Y cómo podia ménos de causar tal mutacion en las costumbres el ejemplo de un hombre en quien brillaban las mas heróicas virtudes? ¿Quién por mas obstinado que fuese podria resistir á la predicacion de un hombre tan justo como Noé, tan obediente como Abrahan, tan inocente como Isaac, tan laborioso como Jacob, tan casto como José, tan celoso como Matatías y tan humilde como él era? ¿Habria valor, señores, para resistir á un hombre en quien resplandecia la penitencia de